

PALABRAS CLAVE

teorías de la comunicación / Habermas / psicoanálisis / fenomenología / autoestima

SUMILLA

Las teorías de la comunicación ofrecen un horizonte prometedor en el debate contemporáneo sobre la posibilidad de fundamentación del conocimiento y un pluralismo metodológico que no se reduzca a la fragmentación. En su reinterpretación de la teoría y práctica psicoanalíticas, Jürgen Habermas recupera el potencial emancipador del conocimiento comprendido como construcción comunicativa, el cual se realiza en la terapia como la restitución de las capacidades comunicativas del paciente. Desde una perspectiva fenomenológica, argumentamos que las aclaraciones teóricas y las orientaciones prácticas de la crítica habermasiana permiten ampliar la autocomprensión y las posibilidades de aplicación de la actividad terapéutica a escenarios más amplios de intervención comunicacional. Se explicita así la responsabilidad que hace posible la praxis de toda investigación teórica y la necesidad de profundizar en la dimensión estética de las interacciones comunicativas en las que se constituye la realidad como experiencia del mundo, de los otros y de la persona.

TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN Y TEORÍA DEL CONOCIMIENTO

VÍCTOR CASALLO

A PROPÓSITO DE HABERMAS Y LA
FUNDAMENTACIÓN COMUNICACIONAL
DEL PSICOANÁLISIS



Licenciado y magíster en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Profesor del Departamento de Comunicaciones y secretario académico de la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación en la PUCP. Dicta cursos de comunicación social, estética y ética. Es miembro del comité editorial de la revista universitaria de historietas *Tiralínea* y miembro colaborador del Círculo Latinoamericano de Fenomenología.

INTRODUCCIÓN

Las teorías de la comunicación se encuentran en una posición singular frente a la crisis de la certeza moderna de poder alcanzar un criterio de demarcación y fundamentación de las ciencias. Esta crisis plantea el desafío de distinguir entre el pluralismo teórico-metodológico y una fragmentación del conocimiento que se traduce en orientaciones contradictorias para la práctica. El paso del paradigma del sujeto al paradigma de la intersubjetividad en el pensamiento contemporáneo ha dado pie a la suspicacia posmoderna respecto a la necesidad de restituir esas pretensiones de demarcación y fundamentación (Lyotard 1987) que inadvertida e inevitablemente se convertirían en instancias de control y vaciamiento de sentido a nivel social e individual (Foucault 2002). Pero el giro intersubjetivo también abre la posibilidad de pasar de la búsqueda infructuosa de estructuras fijas e intuitivamente evidentes en y para la razón comprendidas desde el individuo, a la investigación de las dinámicas comunicativas en las que nuestros lenguajes adquieren sentido al referirse al mundo, a nuestras vivencias internas o a la comunicación misma. La pregunta por la fundamentación de la ciencia se resitúa así en la pregunta más amplia por la constitución comunicacional de sentido en nuestra experiencia de la realidad, que es, desde siempre, un mundo vivido intersubjetivamente.

HABERMAS Y EL PROBLEMA DE LA FUNDAMENTACIÓN

Desde esta perspectiva, el proyecto pragmático-trascendental de Jürgen Habermas entiende la cuestión de la fundamentación del conocimiento desde las exigencias normativas que operan implícitamente en toda acción comunicativa. La pregunta por la fundamentación no se limita, entonces, a una aclaración teórica o a una necesidad práctica sino que, en cuanto tematiza explícitamente el proceso de justificación de las cuestiones de verdad (cognitiva), corrección (normativa) y autenticidad (expresiva), compromete a los interlocutores en la realización y acreditación comunicativas de su racionalidad. Este esfuerzo crítico por explicitar y esclarecer el vínculo entre *theoria* y *praxis* desde el interior de la acción comunicativa en la que se constituye intersubjetivamente cada ser humano es una constante que atraviesa los diferentes momentos de las investigaciones habermasianas.

En la parte final de *Conocimiento e interés*, Habermas (1982) plantea el problema de la fundamentación del psicoanálisis como ciencia orientada a la emancipación del individuo. Los capítulos anteriores se ocupan de las ciencias naturales y las ciencias del espíritu, mostrando la insostenibilidad de cualquier objetivismo que presuponga estructuras de la “realidad en sí” en la realidad material o los procesos históricos. La respuesta habermasiana a estas polémicas apela a una fundamentación trascendental¹ de la práctica comunicativa en la que se construyen, cuestionan y establecen estas actividades cognitivas. El análisis de estos contextos pragmáticos específicos permite a Habermas recuperar desde una perspectiva comunicacional la noción de “interés de la razón”, superando comprensiones exclusivamente teóricas (desligadas de toda *praxis*) o utilitaristas (que reduce la reflexión al mero cálculo estratégico). En el contexto de esas discusiones, el psicoanálisis constituye un caso paradigmático, porque en él convergen intentos positivistas y hermenéuticos de fundamentación, pero, sobre todo, porque plantea la cuestión de la (im)posibilidad de un conocimiento emancipador en el sentido de integrar, como señalábamos antes, *theoria* y *praxis*. Si bien el proyecto fundamentador de largo alcance que podía anticiparse en *Conocimiento e interés* no es completado como tal por Habermas, el énfasis en esta dimensión emancipadora del conocimiento persiste en sus obras posteriores

¹ En el sentido de explicitación de las condiciones de posibilidad presupuestas en la práctica lingüística. “Trascendental” hace referencia, entonces, a estas presuposiciones sobre el mundo, los otros, uno mismo y la comunicación; pero, en modo alguno a afirmaciones trascendentes sobre estos ámbitos del ser (Habermas 2002).

como la apuesta por una recuperación crítica de la modernidad desde el horizonte explicativo de la comunicación.

En esta contribución recuperamos desde la fenomenología de la comunicación algunos puntos centrales de la fundamentación comunicacional habermasiana de la teoría y práctica psicoanalítica, y argumentamos que permite (1) comprender con mayor profundidad y amplitud el sentido de la práctica terapéutica y (2) advertir nuevos campos de aplicación a experiencias de intervención comunicativa fuera del espacio terapéutico convencional, gracias a su reinterpretación de la cura psicológica como la restitución de las capacidades comunicativas. Esta perspectiva ampliada muestra, a su vez, la importancia de considerar la dimensión eminentemente estética de la constitución comunicativa de la realidad y, correlativamente, de la persona humana.

1. *La reinterpretación habermasiana de la práctica terapéutica*

Habermas plantea como núcleo problemático de la autocomprensión del psicoanálisis freudiano su ambivalencia acerca de la metapsicología (la discusión teórica sobre la naturaleza del inconsciente y sus principios, el estatuto epistémico de la crítica analítica, etc.) y las interpretaciones generales (esquemas de interacción, aprendizaje, conflicto, superación, como el complejo de Edipo, etc.) del proceso de formación de la psique humana que aquella permitiría.

La ambivalencia consiste en conceptualizarlas como una autocomprensión liberadora alcanzable comunicativamente en la terapia (como un ejercicio hermenéutico) y —contradiendo lo anterior— como un tratamiento causal que sigue un modelo energético (como en las ciencias naturales). Freud mismo había destacado más temprano en sus investigaciones esta incompatibilidad con su rechazo de la técnica hipnótica de Breuer, argumentando precisamente que el psicoanálisis se sostiene en la autorreflexión posibilitada por el escenario intersubjetivo médico-paciente, y no en una metapsicología entendida como fundamentación de tipo experimental.

La perspectiva pragmático-trascendental de la comunicación desarrollada por Habermas le permite prescindir de cualquier metafísica del inconsciente, sin reducirse tampoco a un utilitarismo acrítico. Disuelve esa aporía típicamente moderna cuando, centrándose en la *praxis* de la comunicación terapéutica, aclara que “la metapsicología desarrolla la lógica de la interpretación en el contexto

del diálogo analítico” (Habermas 1982: 252). Desde esta perspectiva, las interpretaciones generales, al aplicarse a los casos particulares, resultan falsables, mientras que los enunciados metahermenéuticos constituyen la reflexión sobre las condiciones de posibilidad de los conocimientos psicoanalíticos. Este cambio de punto de vista permite una reinterpretación del psicoanálisis y la práctica terapéutica en un horizonte comunicacional, que fortalece las pretensiones de un conocimiento y una actividad comunicativo-emancipatoria.

Reseñaremos algunos aspectos centrales de esta reinterpretación destacando cómo el foco de interés se desplaza de la interioridad del individuo paciente a sus posibilidades de agencia a través de la intermediación comunicativa de los otros.

Alienación y restitución comunicativas

Así como la metodología de las ciencias naturales explora la conexión entre lenguaje y actividad instrumental, la metapsicología se ocuparía de la conexión entre la deformación de lenguaje y la patología del comportamiento. Precisamente, esa deformación explica por qué los procesos inconscientes del paciente se experimentan —se sufren— como una causalidad del destino, donde este término se refiere a una invarianza biográfica, por oposición a una causalidad de la naturaleza. Frente a ese destino, el paciente solo puede repetirse que no tiene nada que decir o hacer. La cura analítica es la restitución intersubjetiva de esa privatización del lenguaje, experimentada como el sometimiento a causas incomprensibles para el sujeto y los demás. Las patologías deben comprenderse, entonces, como una distorsión comunicativa —experimentada como inevitable— con los demás y con uno mismo.

Habermas elabora la fundamentación de la práctica psicoanalítica y las dinámicas psíquicas de los pacientes, para defender la posibilidad de una experiencia cognitiva crítica que se realiza como autorreflexión en la comunicación terapéutica. En el caso de Freud, la discusión del sueño y su interpretación le permitieron distinguir cómo se articulan deseo, expresión y acciones, de forma que pudo reinterpretar en qué consisten las neurosis y, simultáneamente, establecer el sentido de la acción terapéutica. Cuando se expresan síntomas, enfrentamos manifiestamente desajustes en la interacción pública —esto es, comunicativa— en la que se evidencia una disociación entre la dinámica inconsciente de los deseos y el ámbito de expresión y acción del yo.

Esta disociación es una situación de alienación comunicativa del yo consigo mismo. El análisis pretende restablecer esa comunicación no solo como identificación del contenido problemático sino como reconocimiento de este en forma de formulación y apropiación del recuerdo infantil a partir del cual se constituyó. En ese sentido, la labor del analista es proponer interpretaciones y poner en escena las experiencias que usualmente activan las acciones sintomáticas, dando ocasión al paciente de advertir sus propias resistencias para reemplazar esas acciones por una elaboración liberadora en forma de recuerdo. El conocimiento analítico se realiza, entonces, como una autorreflexión integradora de la amplitud de la vida del paciente como persona, como también atestigua el carácter afectivo-motivacional integrado al aspecto cognitivo de la búsqueda de una cura, el desafío ético de reconocerse y reconciliarse con una porción alienada del yo, y la exigencia de formación subjetiva del analista.

Habermas articula así las interpretaciones generales que asumen la forma de un relato con la metapsicología que representa esa historia “esquemáticamente como un proceso de formación que progresa por los estadios de la autoobjetivación y tiene su *telos* en la autoconsciencia de una biografía reflexivamente asumida” (Habermas 1982: 527). Sin presuponer la metapsicología, las interpretaciones generales no pasarían de meros relatos que tampoco se comprueban a través del círculo hermenéutico, porque, en tanto anticipaciones, dependen de la presuposición metapsicológica de “procesos de formación perturbados”.

Los análisis orientados por las categorías metapsicológicas y las narrativas constituidas a través de las interpretaciones generales articulan una comunicación en la que la autorreflexión del paciente es asistida, en su interés emancipatorio, por el terapeuta. La narración, como contexto objetivo a esclarecer, no se limita a un papel funcional en el conocimiento sino que se constituye según un modelo escénico en el cual se devela un sentido que, al ser reconocido por el paciente, deja de someterlo, abriéndolo a nuevas posibilidades. Por eso la relación entre investigador y objeto de estudio es singular: las interpretaciones sugeridas por el investigador solo se corroboran en cuanto el objeto —el paciente en su sentido pasivo— se hace sujeto agente —capaz de imaginar, aceptar y asumir en su *praxis* nuevas autointerpretaciones— reconociéndose en ellas como un conocimiento reflexivo. Esta comprensión no es, entonces, una mera aplicación sino una autoaplicación de la que depende el conocimiento del investigador.

La teoría de la comunicación como horizonte de la teoría del conocimiento

La discusión habermasiana de la fundamentación del psicoanálisis no se limita a este problema particular, sino que pone en primer plano cómo toda teoría del conocimiento —del conocimiento en general o de una “ontología regional” cualquiera² de objetos de estudio peculiares— solo puede plantearse con sentido desde el horizonte fundamental de su dimensión comunicacional.

En este caso particular se ha mostrado cómo no se puede trazar una diferencia tajante entre el ámbito del objeto y sus enunciados teóricos, de lo cual Habermas extrae como consecuencias que: (1) las interpretaciones generales son indesligables del lenguaje cotidiano porque corresponden a esquemas narrativos, necesariamente incompletos sin una aplicación que se realiza comunicativamente, de ahí que se plasmen como un lenguaje ordinario terminologizado y no como un lenguaje formal desligado de su objeto; (2) las condiciones de refutación —así como de corroboración— de las interpretaciones generales no corresponden a las de la observación controlada de la experiencia comunicativa, sino que la negativa (o asentimiento) del paciente como instancia corroboradora se puede deber tanto a su falsedad (o corrección) como a una resistencia especialmente fuerte en este (que también se puede expresar como aceptación descomprometida con la interpretación), de manera que solo el proceso analítico decidirá finalmente sobre esa corrección; y (3) la comprensión psicoanalítica tiene eficacia explicativa porque al esclarecer autorreflexivamente [*begreifen*] las conexiones de la causalidad del destino biográfica que someten al sujeto, permite la abolición [*Aufhebung*] de esa causalidad.

Esta argumentación muestra la radicalidad en el paso del paradigma del sujeto al paradigma de la intersubjetividad y sus implicancias para cualquier teoría del conocimiento, por ejemplo, para las ciencias sociales. Al explicitar que las interpretaciones generales del psicoanálisis no ofrecen por sí mismas (abstractamente) conocimiento independientemente de su contexto de aplicación, Habermas muestra cómo el conocimiento teórico solo cobra sentido en el horizonte mayor de una acción comunicativa orientada por la liberación de distorsiones a través de la inclusión creciente en una comunidad intersubjetiva de interlocutores reconocidos como iguales en sus diferencias —presupuesta idealmente—; es decir, como orientación teleológica inmanente a la *praxis* comunicativa misma.

² Entendida, en el sentido husserliano, como las categorías y reglas de constitución de un campo específico del conocer, con, entre otros, sus “objetos” y “hechos” característicos (Husserl 1997a).

Toda posible teoría de la comunicación involucraría esa autointerpelación crítica dirigida a su posición en el mundo comunicativo que la hace posible, abriéndole la posibilidad de su transformación. Una teoría particular y sus aplicaciones prácticas pueden delimitar válidamente este compromiso —y, por tanto, su alcance epistémico— según el contexto pragmático en el que se desarrollen. Esta especialización, desde una perspectiva crítica como la de Habermas, subraya la necesidad de pensar teóricamente la comunicación desde un pluralismo integrador que no se disuelve en la indiferencia de la fragmentación, porque responde a —es responsable frente— la pretensión de entendimiento mutuo que orienta toda acción comunicativa. Esta responsabilidad en la que la teoría se esclarece sobre su horizonte comunicacional se realiza, como discutiremos a continuación, en una *praxis* que amplía su potencial y escenarios emancipatorios.

2. *Aplicación y ampliación*

La ampliación de perspectiva respecto a la actividad terapéutica que encontramos en Habermas permite reinterpretar fecundamente la comprensión del terapeuta, del paciente y, no menos decisivamente, de los interlocutores relevantes en la vida cotidiana de este último. La patología ya no es entendida como un “desajuste” en la “interioridad” —el inconsciente impenetrable— del paciente sino en la constitución comunicativa de la realidad en la que se desempeña. Aunque experimenta esa realidad como inevitable, reconoce progresivamente —a través de la autorreflexión asistida en la terapia— la posibilidad de reorientarse y reorientar aquella realidad gradualmente a través de las dinámicas comunicativas entre los demás y uno mismo que realicen su interés emancipador.

El caso de los desórdenes alimentarios como la anorexia ilustra de qué manera la aproximación terapéutica —y la formación preventiva— se beneficia al pasar de centrarse en la autorrepresentación distorsionada privada del paciente a la pregunta por las dinámicas comunicativas en las que se ha constituido; donde estas últimas no solo son causas externas sino el mundo vivido.³ En este adquieren consistencia ontológica en forma de inconsciente; es decir, como

³ En el sentido de “mundo de la vida” (*Lebenswelt*), concepto formulado por Husserl para designar la facticidad de nuestra experiencia —intersubjetiva, histórica, encarnada— de la realidad y desarrollado por Habermas (2001) en su análisis del proceso de racionalización de la modernidad occidental y sus distorsiones (la colonización del mundo de la vida por la lógica sistémica de una sociedad regida por el imperativo hegemónico del medio dinero).

cursos de acción sedimentados más allá del alcance de modificación inmediata del paciente, pero recuperables en la comunicación terapéutica.

Esta perspectiva comunicacional pone en primer plano la relevancia de los interlocutores —familia, amistades, grupos inmediatos, etc.— del paciente a través de su presencia (o ausencia) en estas dinámicas. Permite también situar en estas mediaciones las representaciones —es decir, la variedad de formas de representar— configuradas en los medios de comunicación en torno al cuerpo, la belleza, el valor personal, etc. Al responder a estos desórdenes no somos sujetos externos frente a la cura encargada a un profesional y su ciencia sino agentes que tienen —literalmente— mucho que decir y hacer.

Estas indicaciones, evidentemente generales, requieren, en el caso de cada paciente concreto, la individualización a través de la comunicación terapéutica tal como hemos esbozado antes siguiendo a Habermas, pero también muestran la necesidad de una teoría —teorías— de la sociedad, la cultura, los medios, etc. desde esta perspectiva pragmático-comunicativa para fortalecer las posibilidades de intervención y explorar otros espacios desde los que se puede contribuir a este fin emancipatorio.⁴ En esa línea, discutiremos brevemente dos experiencias, una fuera del consultorio terapéutico y otra que lo ha ampliado creativamente.

Representación y reconocimiento

La experiencia de los talleres de teatro con jóvenes internas en el Centro Juvenil Santa Margarita, orientados por la profesora de la PUCP Lorena Pastor (2007), constituye, desde la perspectiva que discutimos, una puesta en escena

de las dinámicas comunicativas que hacen posible la reconstitución de la (auto)representación personal en la línea de lo que denominamos “autoestima”. Esta no se trabajó en forma de terapia o consejería individual, centradas en la reflexión y el cambio de actitudes o comportamientos personales, sino realizando diferentes ensayos de aplicación de técnicas y ejercicios de actuación que permitieron a las participantes una experiencia de (auto)reconocimiento a través del mostrarse a otros y otras en un espacio que ponía en escena sus experiencias de vida, abriéndolas a nuevas posibilidades de percepción y acción. Este ejercicio convirtió —gracias a la intuición creativa y sensibilidad personal de la profesora facilitadora— un espacio escénico improvisado en un terreno a

⁴ Esta meta es parte del proyecto habermasiano de madurez desarrollado en Habermas 2001.

la vez desafiante y acogedor para mostrarse a una misma en sus acciones: (re) presentar frente a otros episodios de la propia vida, particularmente los que llevaron a su internamiento.

Este representarse resulta profundamente significativo por el valor que requiere autorrepresentarse —recordar, reconstruir, revivir, y reactuar—, pero adquiere una densidad aún mayor porque aquellas ante quienes se muestra son interlocutoras que comparten la misma situación de reclusión, pero cuyas historias tienen su propia especificidad irreductible a la propia. De esta forma, la (auto)representación solo es posible como un mostrarse frente a otras que se pueden reconocer como iguales, precisamente por su diferencia. El análisis de la acción comunicativa orientada al entendimiento permite a Habermas una comprensión fenomenológica de la comunicación como un habérselas con el otro que no es una mera proyección de las propias anticipaciones, sino que efectivamente puede sorprendernos.⁵

Ser percibida desde esa multiplicidad de perspectivas enriquece la propia autorrepresentación en cuanto —en la atención, la identificación, la crítica, la empatía, el rechazo, etc.— permite reinterpretar la propia experiencia en dos sentidos: (1) como reproducción creativa de lo vivido anteriormente, y (2) como comprensión enriquecida a través de la mediación de las demás. Saberse percibida, comprendida desde esa variedad de comprensiones, le permite hablar de sí misma —acaso sin palabras— de otras formas. En una situación de reclusión en la que la mera autorrepresentación de “interna” recuerda la condición fundamental de limitación en que se encuentra y en la que resuena una historia personal que parece “conducir” al presente como un destino, ponerse en escena a una misma permite reimaginar desde la propia acción —compartida y permitida por las demás— las posibilidades de agencia futura que comienzan ahora mismo.

⁵ Habermas se limita, como sabemos, al discurso. En contraste, Hannah Arendt (1998) desarrolla más ampliamente las articulaciones estético-comunicativas de este reconocimiento de iguales en su diferencia a través del mostrarse en sus acciones y palabras. Hemos discutido en otro lugar (Casallo 2013) esta perspectiva arendtiana en relación con los procesos de fortalecimiento del espacio público a través de experiencias artístico-creativas. Llamamos fenomenológica a esa aproximación en tanto su investigación de los fundamentos de la experiencia humana y su conocimiento interroga las dinámicas constitutivas de esta experiencia y, más decisivamente, porque comprende la aclaración de fundamentos como un reconocimiento y recuperación de la autorresponsabilidad frente a esa realidad (Husserl 2008).

Estas posibilidades se pusieron literalmente en escena cuando las jóvenes participantes produjeron un montaje teatral en el que (re)presentaban sus historias personales, ahora entrecruzadas. Este montaje, presentado inicialmente en el centro de internamiento, fue llevado luego a una sala de teatro a la acudió el público externo. Quienes asistimos no solo nos conmovimos por el desborde de significado vivido en esta autorrepresentación, sino por cómo nos implicó como “espectadores” que nos representamos de maneras usualmente estáticas a las jóvenes que han infringido la ley, a las internas, a sus posibilidades de una vida futura diferente y cómo estamos —o no— implicados en esas posibilidades.

Otras voces a través de los muros

La experiencia de Radio La Colifata⁶ incorpora, en ese sentido, a los espectadores clásicos como interlocutores en un proceso terapéutico que ha traspasado los muros del consultorio y el internamiento a través de la radio. Esta experiencia comenzó en 1991 en el Hospital Neuropsiquiátrico Dr. José T. Borda en Buenos Aires, Argentina, cuando los pacientes pudieron trascender comunicativamente las paredes de su internamiento haciéndose escuchar a través de la radio. Sus palabras grabadas, transmitidas originalmente desde una emisora comunitaria, se emitieron luego desde el propio hospital. La experiencia de poder ser escuchado y, eventualmente, respondido en un escenario comunicativo — el radial— que no está confinado a la terapia en el hospital, la visita o a la interacción con los otros pacientes o trabajadores, ofrece a los participantes una oportunidad de (auto)reconocimiento que refuerza su búsqueda terapéutica; es decir, de restitución del encuentro con los demás.

Esos otros y otras —vecinos cercanos o curiosos lejanos— escuchan a estos pacientes locutores en el espacio radial donde su voz aparece entre otras voces para compartir lo que tienen que decir: qué es para ellos la locura, cómo es la vida en el hospital, cómo ven el “mundo de afuera”, etc. Los que hablan pueden recibir las respuestas de sus radioescuchas y, más importante, responderles en sus términos. Un comentario memorable de la paciente “Plumita”: “Una persona de sexo femenino me dice: ¿Qué vas a hacer afuera y adentro? En realidad no sé. Estamos todos adentro, dentro del planeta Tierra”⁷.

⁶ Véase <http://lacolifata.openware.biz/index.cgi>.

⁷ Extracto del track “Virgen del matadero” del proyecto Viva la Colifata, producido por el músico Manu Chao con grabaciones de Radio La Colifata. Véase <http://www.vivalacolifata.org/>.

Nuevamente, cada paciente constituye una historia y una búsqueda particular que el terapeuta debe saber ayudar a reconocer y reconstituir en diálogo con él; pero Radio La Colifata muestra la importancia de la agencia de los interlocutores y de los que han apoyado el proyecto (periodistas, psicólogos, artistas, etc.) de diferentes formas. Explicitan así la posibilidad y necesidad de aportar desde diferentes espacios a las iniciativas por la salud mental.

CONCLUSIÓN: COMUNICACIÓN, ESTÉTICA Y SENTIDO

La reinterpretación de la práctica terapéutica desde un horizonte comunicacional hace posible asumir y desafiar desde nuevas perspectivas la evidencia e inmutabilidad con la que experimentamos nuestra realidad vivida. En esta experiencia hay continuidad entre lo que se puede distinguir analíticamente como realidad personal “interna” y la realidad del mundo “exterior”. Este horizonte comunicacional no diluye las diferencias entre ambas ni requiere de ontologías peculiares a cada ámbito; por el contrario, su continuidad consiste en su carácter de constituidos comunicativamente y, por tanto, correlativos a la acción intersubjetiva, condicionada a su vez por esa realidad.

Si bien el texto de Habermas que hemos tomado como pre-texto se concentra en la comunicación en el ámbito de la terapia psicoanalítica, este carácter constituido/constituyente de la realidad se tematiza con más profundidad desde el horizonte de la fenomenología de la comunicación. Esta aproximación fenomenológica abre posibilidades sugerentes a la investigación de la comunicación prelingüística, tanto en la primera infancia como en la vida adulta, en forma de estratos sedimentados sobre los que se fundan nuestras interacciones con el mundo. De hecho, al hablar de la terapia como un escenario comunicativo no hemos reducido sus elementos y estructuras significativas a las preferencias verbales de los participantes. Hemos señalado las posibilidades e importancia del espacio escénico de fondo en los casos de los talleres de teatro en el Centro Santa Margarita y Radio La Colifata. La propia noción de “acción comunicativa”, desarrollada más ampliamente por Habermas en obras posteriores (2001), permite atender a toda esta riqueza significativa de los escenarios de nuestra comunicación, reconociendo sus diferencias sin pretender agotarlas. Una fenomenología de la comunicación nos permite profundizar aún más.

La consideración analítica del carácter constituido de nuestra experiencia de la realidad —y no solo en el caso de las patologías psicológicas de las que

pretendemos liberarnos— presupone el análisis genético de esa constitución; es decir, cómo la realidad va cobrando sentido para nosotros desde el nacimiento —e, incluso, antes— a través de nuestras interacciones comunicativas con los demás (Husserl 1997b). Antes de las interacciones verbales, experimentamos sensorialmente el mundo: lo percibimos tanto con la distancia de, por ejemplo, la vista, como en la experiencia mayormente pasiva de ser tocados, acariciados o llamados a través de sonidos, etc. Las preguntas de una posible teoría de la comunicación que aborde estas experiencias prelingüísticas —y, sin embargo, intersubjetivas— en las que se constituyen los fundamentos de nuestra experiencia de una realidad con sentido escapan a los objetivos de esta intervención. Sin embargo, la fecundidad de una aproximación fenomenológica como la que hemos planteado a la práctica terapéutica puede iluminar esta dimensión estética fundamental en la que se constituyen nuestras primeras experiencias de sentido. La investigación *La locura de las musas* (Rizo-Patrón, Rivas, Ascárate 2013) sigue esta orientación a partir de las experiencias de talleres de pintura con pacientes esquizofrénicos del Hospital Víctor Larco Herrera en Lima, situándose en ese espacio de constitución de sentido opaco —o inaccesible— a la introspección, pero, al parecer, expresable plásticamente hasta cierto punto, al menos para iniciar una comunicación que reconoce al paciente como algo más que pasividad.

La terapia a través del arte con pacientes psiquiátricos no solo es una actividad entretenida y liberadora de tensiones, sino la oportunidad de traer a un escenario comunicativo formas de percepción de la realidad que subyacen a las distorsiones que se pretende tratar. Ciertamente, no se trata de representaciones directas de esas percepciones ni tampoco de síntomas sui géneris que remitan unívocamente a algún diagnóstico o tratamiento. Su dimensión estética no se refiere solo a su carácter de percepción sino, como en los espacios artísticos, a la apertura interpretativa que, precisamente, Habermas ha destacado como un valor de la teoría freudiana para facilitar un conocimiento que es esencialmente autoliberador gracias a la mediación comunicativa de los demás.

Lejos de excluir desde una perspectiva “normalizadora” a los pacientes psicológicos, estas reflexiones pretenden recordarnos cuánto compartimos todos —más o menos pacientes, más o menos curados— en una misma responsabilidad, sufrida y asumida, frente a la realidad.

BIBLIOGRAFÍA

Arendt, Hannah

1998. *The human condition*. Chicago: The University of Chicago Press.

Casallo, Víctor

2013. “Estética y espacio público: una lectura de Hannah Arendt desde la comunicación”. *Conexión*, año 2, n.º 2, pp. 97-111.

Foucault, Michael

2002. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Habermas, Jürgen

2002. *Acción comunicativa y razón sin transcendencia*. Barcelona: Paidós.

2001. *Teoría de la acción comunicativa* (2 vols.). Madrid: Taurus.

1982. *Conocimiento e interés*. Madrid: Taurus.

Husserl, Edmund

2008. *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental / Edmund Husserl*. Traducción y estudio preliminar de Julia V. Iribarne. Buenos Aires: Prometeo Libros.

1997a. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Libro 3: *La fenomenología y los fundamentos de las ciencias*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas.

1997b. *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Libro 2: *Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Lyotard, Jean François

1987. *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Pastor, Lorena

2007. *Nosotras no somos malas: el teatro como recurso comunicacional y estrategia socioeducativa para romper estigmas y generar encuentros. Experiencia en el Centro Juvenil “Santa Margarita”*. Lima: Tesis para optar por el título de licenciada en la Facultad de Ciencias y Artes de la Comunicación de la PUCP.

Rizo-Patrón, Rosemary, Arturo Rivas, Luz Ascárate

2013. *La locura de las musas. Estudio fenomenológico sobre la imaginación y la creación artística de los pacientes con esquizofrenia del Hospital Víctor Larco Herrera*. Lima: PUCP – Instituto Riva-Agüero.